

La Tribuna

Editor responsable—Joaquín Blanquet

Diario político y noticioso de la tarde

ADMINISTRACION—Calle del 25 de Mayo N° 89

SUSCRIPCION

PAGADERA ADELANTADA.

El mes... 60 centavos.
El número suelto... 4

A MANAQUE.

Mañana sábado 25—La Conversion de San Pablo.

LA TRIBUNITA

MONTEVIDEO, ENERO 24 DE 1868.

Retiro y recepción

Habiendo dispuesto el gobierno del Brasil dar un nuevo destino al Sr. Ministro de Britto, he aquí la nota que este caballero ha pasado a nuestro gobierno informándole de aquella resolución:

«Mision especial del Brasil.

Buenos Aires, Enero 18 de 1868.

Señor Ministro:

Tengo la honra de remitir a V. E. la carta adjunta que S. M. el Emperador, mi augusto soberano, dirige a S. E. el Sr. Gobernador Provisorio, anunciándole que ha tenido a bien exonerarme del cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en mision especial en esa República, y ruego a V. E. se sirva hacerla llegar a su alto destino.

Quedaría muy grato a V. E. si quisiese también manifestar a S. E. el Sr. Gobernador el grande pesar que siento con no poder tener la honra de entregarle personalmente la carta Imperial, y el profundo reconocimiento que debo a la bondad y lealtad con que se dignó siempre facilitar el buen desempeño de la mision que me fué confiada, y los votos que hago por la prosperidad de la República cuyos destinos preside.

Tengo con V. E. deuda de igual naturaleza, y con mucho placer la reconozco, esperando que V. E. creará en la sinceridad de mis agradecimientos y en las protestas, que renuevo, de mi mas alta consideracion.

F. DE BRITTO.

A S. E. el Sr. D. Alberto Flangini, Ministro de Relaciones Exteriores de la República Oriental del Uruguay.

A esta comunicacion ha seguido el siguiente decreto:

«Ministerio de Relaciones Exteriores.

Montevideo, Enero 24 de 1868.

Se recibo en los términos acordados.

Rúbrica de S. E. FLANGINI.

He aquí en qué términos se contestó al Sr. de Britto:

«Ministerio de Relaciones Exteriores.

Montevideo, Enero 24 de 1868.

Señor:

He tenido el honor de recibir la nota de V. E. fecha 18 del corriente, acompañando la carta de S. M. el Emperador del Brasil, en que ha tenido a bien exonerar a V. E. del cargo de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en mision especial en esta República.

S. E. el Sr. Gobernador Provisorio, a cuyo conocimiento he elevado la comunicacion de V. E., me ha recomendado le manifieste, como tengo el honor de hacerlo, que respetando la determinacion del Gobierno Imperial que concede a V. E. su carta de retiro, le es muy grato poder declarar en esta ocasion, que el Oriental en sus relaciones diplomáticas con V. E., ha encontrado siempre el mas decidido empeño, por armonizar, los respectivos intereses de ambos países, y por estrechar los vínculos amistosos que unen a la República con el Imperio, inspirándose V. E. al desempeñar los encargos encomendados a su ilustracion, en los principios de la política mas leal y conciliadora.

Por mi parte, Señor, cumplo en dejar consignado en esta nota, que tanto en mis relaciones oficiales con V. E. como en

el trato particular, he tenido elocuentes pruebas para apreciar las distinguidas cualidades del diplomático ilustrado, leal y franco, unidas a la sinceridad del caballero y amigo.

Con este motivo, me es sumamente satisfactorio reiterar a V. E., una vez mas, las seguridades de mi mas alta consideracion y particular aprecio.

ALBERTO FLANGINI.

A S. E. el doctor don Tomás Fortunato de Britto etc., etc., etc.

Hoy a la una de la tarde, se recibió en audiencia pública S. E. el caballero doctor don Joaquín Tomás de Amaral, en el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en mision especial del Brasil cerca de la República, en reemplazo del doctor de Britto.

Fue acompañado hasta la casa de Gobierno por el señor oficial mayor de Relaciones Exteriores y uno de los Edecanes de S. E., haciendo los honores de estílo, el batallón Libertad con la banda de música.

El señor de Amaral profirió en ese acto, el siguiente discurso:

«Exmo señor:

Por la carta, que tengo la honra de entregar a V. E. S. M. el Emperador del Brasil, mi augusto soberano, me acredita como su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en mision especial.

Al confiarme esta mision, recoméndome el Emperador, no solamente, que presta la mas particular atencion a los intereses de la alianza, celebrada entre el Imperio y la República Oriental del Uruguay contra su comun enemigo, sino tambien que contribuya con todas mis fuerzas para que se conserven las intimas relaciones de amistad que felizmente ligan a los dos Estados.

Concedame V. E. toda su benevolencia, y estoy cierto que tendré un buen éxito en la ejecucion de las órdenes Imperiales. Este es mi mas vivo deseo, y muy feliz me juzgaré si consigo satisfacerlos.

El Sr. Gobernador Provisorio, le contestó en estos términos:

«Señor Ministro:

Recibo con la mayor satisfaccion la carta de mi buen amigo y aliado S. M. el Emperador del Brasil, acreditando a V. E. en el carácter de su Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en mision especial.

V. E. encontrará siempre de mi parte, el mas sincero desce y la mayor lealtad para mantener y estrechar cada vez mas, los lazos amistosos que felizmente ligan a la República con el Imperio, y me es muy grato expresar que esto lo obtendremos facilmente, desde que S. M. el Emperador me envia tan honorable y digno Representante.

He aquí ahora el decreto del Gobierno reconociendo al Sr. de Amaral:

Ministerio de Relaciones Exteriores,

Montevideo, Enero 24 de 1868.

El Gobernador Provisorio de la República, decreta:

Art. 1°—Queda reconocido el Ilmo. y Exmo. Sr. Dr. D. Joaquín Tomás de Amaral, en el carácter de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Mision Especial de S. M. el Emperador del Brasil, que le acuerdan las letras credenciales que en audiencia pública ha presentado.

Art. 2°—Declárase al Ilmo. y Exmo. Dr. Amaral, en el goce de las prerogativas y esenciones que por el derecho público le corresponden.

Art. 3°—Comuníquese, publíquese y dese al R. C.

FLORES.

ALBERTO FLANGINI.

Revista de la prensa

El diario oficial ocupa la mayor parte de sus columnas en la publicacion del informe de la Comision de Códigos acerca de la redaccion del Civil, cuyo decreto de promulgacion sigue al pie.

Ademas inserta *La Tribuna* un editorial sobre la necesidad de la justicia

para el goce de la libertad, y a continuacion publica una correspondencia de Lisbon y otra de Londres, como tambien un curioso artículo biográfico del general Garibaldi.

El Siglo enhebra su seccion editorial deplorando la continuacion de la guerra con el Paraguay y, haciendo ver la inminencia y fatales peligros de que el suplo de la revolucion volviera a aniquilar un país que desde algun tiempo goza el beneficio inapreciable de la paz interna.

También un importante artículo comunicado sobre la necesidad de la explotación de minas auríferas y ferruginosas descubiertas en el departamento de Tacuarembó por el señor Hubert Benkart, de lo cual se ha ocupado ya *La Tribuna* hace algun tiempo.

Publica una correspondencia de Paris y otra de Florencia, como tambien varias noticias de América y Europa.

Las Noticias sostiene la inconveniencia de la medida que prohibe la salida de diligencias para la campaña.

El Telégrafo Marítimo entre sus noticias mercantiles contiene gran número de noticias de Europa.

Nuevos conflictos

Las noticias venidas últimamente de Europa van descubriendo una vez mas la palpitante conflagracion de los pueblos de aquella parte del globo.

Ha venido de nuevo a revelarse la excitacion latente de los pueblos europeos, como consecuencia lógica de los últimos acontecimientos que han surgido en torno de la Ciudad Eterna.

El gabinete de Florencia logró salvar los obstáculos que le ofrecieron las aspiraciones unánimes de la Italia, opuestas a la resolutez seguida por la corte de las Tollerías.

Pero la política de transaccion adoptada por el gobierno del palacio Pitti no podrá ciertamente resolver las dificultades que, segun nuestro parecer, deben envolver bien pronto a la monárquica Europa en un revuelto caos de confusion y de revueltas prolongadas, porque ismas el espíritu de un pueblo que levanta en masa el grito de sus homogéneas aspiraciones, puede ser distraído durante mucho tiempo por negociaciones capciosas y mentidas del momento que nada producen mas que entretener el impulso de la voluntad nacional para que arraigue mas hondamente sus raíces y tome nuevo aliento y arrastre mayores fuerzas para el momento supremo de la accion.

La Italia encuéntrase hoy precisamente en tan crítico período y los debates de sus cámaras son una patente muestra de la al orbe de que el pueblo italiano no inclina su cerviz ante la voluntad bonapartista y su resolucion inquebrantable de adquirir Roma a toda costa, aun a costa de un funesto rompimiento con el Imperio de los Napoleones que a su vez se haya abandonado por el espíritu de sus vasallos, afectos por instinto y por analogia a la completa unificacion de Italia.

La lucha es inminente. ¿Cual será su resultado?

Difícil es decirlo. Mucho es el poder de los defensores del gobierno temporal de Pio IX, pero grande es la fuerza de un pueblo que se levanta con heróico impulso para reivindicar uno de sus mas vitales derechos.

No nos atrevemos a augurar el éxito del movimiento; pero si desgraciadamente para la libertad de los pueblos, las bayonetas extranjeras ahogaran el sacro grito de un pueblo entero, ¿cómo serian las consecuencias inmediatas de catástrofa tan lastimera?

Por nuestra parte, no descubrimos en la lontananza mas que la gran figura de Mazzini.

¡Ojalá para la Italia venga el día en que Victor Manuel y sus consejeros no tengan que arrepentirse de atar las manos al héroe no solo de Sicilia, sino hasta de Capri y de Mentana!

Aguardemos.

La hora de la lucha se aproxima. La violencia del cataclismo se adelanta por momentos.

VARIEDADES

Música y crimen

DOS ANECDOTAS

—Concúy—

En una carta particular fechada en Newport, capital del Estado de Rhode Island, se refiere un horrible drama ocurrido en una casa de campo perteneciente a un inglés que hace tiempo se estableció en América.

Este inglés era un joven de 27 años, de aire distinguido y gallarda presencia, y entabló relaciones amorosas con mistress Thomas Wood, viuda bastante linda en cuya casa fué a hospedarse.

La viudad habia dado palabra de casamiento a un americano, y un día recibió una carta en la cual se le advertia que John Mars, su futuro, habia jurado vengarse.

William Burnet, que así se llamaba el inglés, se dirigia una noche a su casa, cuando al volver una esquina fué detenido bruscamente, y antes de que pudiera volver de su sorpresa, metido en un carruaje que se alejó al galope.

Después de una hora de marcha próximamente, el carruaje se detuvo: hicieron bajar a William y lo condujeron a un estenso salon alumbrado con dificultad por dos lámparas de aceite. Un hombre, a quien no conocia, le dijo con voz amenazadora:

—Yo amo a mistress Thomas, cuyo corazon me habeis robado, y vais a morir.

Y diciendo esto, cogió dos puñales que habia sobre una mesa y presentó uno al inglés; al mismo tiempo dió una palmada, y aparecieron cuatro hombres con dos cajas en forma de ataúd.

—¡Acostaos! dijo el americano señalando uno de los féretros.

El inglés, pálido de terror, no se atrevia a moverse. A una señal del dueño de la casa, dos hombres se apoderaron de aquel infeliz, lo acostaron en el féetro sujetándolo con fuertes ligaduras y sin dejarle libres mas que los brazos. Otros dos hombres hicieron lo mismo con el americano.

Hecho esto, los agentes de aquella espantosa escena pusieron de pie ambos féretros, uno en frente del otro, y a un solo pié de distancia.

¿Queréis asesinarme? exclamó el infortunado William, comprendiendo las intenciones de su adversario.

—No; solo quiero proporcionarme el placer de matarte, respondió John Mars,

con voz balbuciente por la ira, y dirigiéndose a su mugil, cantó el pecho del inglés William, paró al golpe con el brazo, y furioso con el dolor de la herida, que había recibido, dió en el rostro a John Mark.

Por espacio de tres minutos de hora aquellos dos hombres estuvieron dándose puñaladas, y cuando los cuatro hombres, testigos de aquella horrible carnicería, pensaron en interponerse, William exhalaba su último suspiro, John Mark sobrevivió dos horas a sus heridas. La viuda se aborreció al saber esta doble muerte.

N. y E.

Un cura de Aída

Una preciosa página en la vida de un hombre ilustre

Corría el invierno del año de 1828. En un pueblecito de la diócesis de Lión (Francia) vivía un joven sacerdote recién ordenado, encargado de la cura de almas. Afable y bueno con todos, sus consejos y su caridad se hallaban siempre a disposición de los infelices. Regaba a Dios y amaba a los hombres, siendo de aquellas hermosas almas que dicen: "Llavan las manos a muy bueno, pero es todavía mejor servirlos".

En muchas circunstancias había demostrado que la amabilidad en el trato siempre suele ser indicio de debilidad de carácter.

No pocas veces se había visto obligado a defender los derechos de la parroquia contra las usurpaciones del consejo municipal, y como se trataba de sus ovejas, el buen pastor había logrado, conciliándolo todo, atraer a una general simpatía. Jamás emprendió cosa alguna sin haber consultado de antemano a su párroco, sin que fuesen a consultar a su párroco.

Podía asegurarse que él era en la aldea el abogado, el notario, el arquitecto, el médico y hasta el escribano.

El era quien llevaba la correspondencia de su pequeño reino, en el que apenas si había quien supiera leer los Evangelios en gruesos caracteres.

El señor cura, se decía en las lenguas de la aldea, es el primer padre de los pobres y el segundo hijo de Dios.

II.

Febrero tocaba a su fin. El invierno había sido rudo. Las montañas se hallaban cubiertas de nieve.

El valle semejaba un inmenso velo blanco, bajo cuyos pliegues dormían sepultadas las esperanzas de todo un año.

Los pobres que todos los días veían llegar a sus chozas al cura, lo decían con entusiasmo:

— ¡Pedir a Dios por nuestros campos, señor cura, si el hielo no desaparece se perderá toda la simiente.

A lo que el cura respondía:

— ¡Tened confianza, amigos míos; Dios hace bien todo lo que le place.

"Dios hace bien todo lo que le place." Hé aquí toda la lógica de su corazón, toda la elocuencia de su talento. Y constantemente repetía esta oración, que aunque escrita por un autor profano, no dejó de ser una buena y santa palabra.

Una mañana la vieja y única campana de la aldea, empezó a llamar a los vecinos, al despertar la aurora.

Al oír el clamoreo de rebato, sobresaltados todos, salieron de sus chozas preguntando en su turbación qué puse del pueblo era presa de las llamas.

Pero la campana no tocaba a fuego sino a otro mal mucho más terrible y devastador.

Al fugarse la columna de humo, se la vio frente a la choza; pero no era el fuego, sino el agua, que subía, que se desbordaba y rompía los diques y las barreras; la inundación que se precipita desde el cielo a través de los montes y los valles, nivelando las colinas, minando las fuertes murallas, y arrastrando los árboles y las casas al empuje irresistible de sus olas devastadoras.

La mitad del pueblo se hallaba ya cubierto de agua cenagosa. Caballos, vacas

y certeros sobrenadaban, relinchaban, mugiendo y bulando, arrastrados con sus establos y pesebreros, por el torrente de agua, cuya presencia nadie había podido advertir.

El buen cura, que había pasado la noche a la cabecera de un enfermo, fué el primero en acudir al peligro. Gacetas a su entereza y sangre fría, se pudo calmar el pánico, se organizaron los auxilios, y a los pocos momentos una compañía de trabajadores maniobraba maravillosamente bajo las órdenes y dirección del párroco.

III.

De pronto un grito horrible salió al mismo tiempo de todas las bocas.

El torrente furioso, inclinado sobre un poco, acababa de precipitarse sobre una choza que se hallaba aislada.

En un momento el agua la había hasta el techo, y en lo más elevado, de este apareció una mujer medio desnuda, arrastrando a dos niños, uno de los cuales todavía era de pecho.

Y el agua continuaba subiendo, subiendo con la mayor rapidez.

El torrente, como irritado por la resistencia, arrastró los débiles muros de la choza construidos sobre arena.

Ya la base había desaparecido, y los barrotes y la argamasa se veían sobresaltados precipitándose en medio de las múltiples y encontradas corrientes de aquel barbaresco océano.

Nadie se atrevía a aventurarse en aquel golfo, en que cada remolino aguardaba un ser que devorara.

Sin embargo, Jacobo el herrero, conocido por su fuerza y su valor, había tentado por tres veces dirigirse a nado en auxilio de la pobre familia, pero tantas veces hubo que tirar de la cuerda que iba atado, para en caso de inercia.

Otros dos, el barbero Pedro y el guarda-monte Iván, también se arrojaron, pero sin conseguir abordar la choza.

Y el agua seguía subiendo.

Dos minutos más, y la madre y los niños serían tragados por el remolino.

IV.

En esto, oyese el golpe de un caballo: todos se vuelven: es el cura que aparece montado en la jaca torca que todos los domingos le prestaban en la granja, para ir a decir la segunda misa al anejo de la parroquia.

Rápi como el pensamiento, lanza al fogoso bruto a las andas. Rápidamente por todas partes lucha el buen párroco animando a la jaca. Las espumas le cubren. No pocas veces se le va desapareciendo de la vista la nueva corriente.

Por último, llega a la techumbre; pero cuatro personas se demoran a paso para una jaca en medio de las aguas que a poco la arrastrarían al fondo. Hará dos viajes. Una en sus brazos los dos niños que en su abnegación material la alarga; la pobre mujer, y vuelve bridas hacia la orilla.

Pero el peligro se aumenta porque las aguas van creciendo.

Por último, al cabo de unos momentos de terrible angustia, los deposita en la orilla.

Todos los espectadores quieren detenerse al ver la muerte segura que aguarda, pues el torrente brama ya de una manera ensañada.

En vano de un salto hace volar gritando todos, saliendo de sus chozas preguntando en su turbación qué puse del pueblo era presa de las llamas.

Pero la campana no tocaba a fuego sino a otro mal mucho más terrible y devastador.

Al fugarse la columna de humo, se la vio frente a la choza; pero no era el fuego, sino el agua, que subía, que se desbordaba y rompía los diques y las barreras; la inundación que se precipita desde el cielo a través de los montes y los valles, nivelando las colinas, minando las fuertes murallas, y arrastrando los árboles y las casas al empuje irresistible de sus olas devastadoras.

La mitad del pueblo se hallaba ya cubierto de agua cenagosa. Caballos, vacas

y certeros sobrenadaban, relinchaban, mugiendo y bulando, arrastrados con sus establos y pesebreros, por el torrente de agua, cuya presencia nadie había podido advertir.

El buen cura, que había pasado la noche a la cabecera de un enfermo, fué el primero en acudir al peligro. Gacetas a su entereza y sangre fría, se pudo calmar el pánico, se organizaron los auxilios, y a los pocos momentos una compañía de trabajadores maniobraba maravillosamente bajo las órdenes y dirección del párroco.

III.

De pronto un grito horrible salió al mismo tiempo de todas las bocas.

El torrente furioso, inclinado sobre un poco, acababa de precipitarse sobre una choza que se hallaba aislada.

En un momento el agua la había hasta el techo, y en lo más elevado, de este apareció una mujer medio desnuda, arrastrando a dos niños, uno de los cuales todavía era de pecho.

Y el agua continuaba subiendo, subiendo con la mayor rapidez.

El torrente, como irritado por la resistencia, arrastró los débiles muros de la choza construidos sobre arena.

Ya la base había desaparecido, y los barrotes y la argamasa se veían sobresaltados precipitándose en medio de las múltiples y encontradas corrientes de aquel barbaresco océano.

Nadie se atrevía a aventurarse en aquel golfo, en que cada remolino aguardaba un ser que devorara.

Sin embargo, Jacobo el herrero, conocido por su fuerza y su valor, había tentado por tres veces dirigirse a nado en auxilio de la pobre familia, pero tantas veces hubo que tirar de la cuerda que iba atado, para en caso de inercia.

Otros dos, el barbero Pedro y el guarda-monte Iván, también se arrojaron, pero sin conseguir abordar la choza.

Y el agua seguía subiendo.

Dos minutos más, y la madre y los niños serían tragados por el remolino.

IV.

En esto, oyese el golpe de un caballo: todos se vuelven: es el cura que aparece montado en la jaca torca que todos los domingos le prestaban en la granja, para ir a decir la segunda misa al anejo de la parroquia.

Rápi como el pensamiento, lanza al fogoso bruto a las andas. Rápidamente por todas partes lucha el buen párroco animando a la jaca. Las espumas le cubren. No pocas veces se le va desapareciendo de la vista la nueva corriente.

Por último, llega a la techumbre; pero cuatro personas se demoran a paso para una jaca en medio de las aguas que a poco la arrastrarían al fondo. Hará dos viajes. Una en sus brazos los dos niños que en su abnegación material la alarga; la pobre mujer, y vuelve bridas hacia la orilla.

Pero el peligro se aumenta porque las aguas van creciendo.

Por último, al cabo de unos momentos de terrible angustia, los deposita en la orilla.

Todos los espectadores quieren detenerse al ver la muerte segura que aguarda, pues el torrente brama ya de una manera ensañada.

En vano de un salto hace volar gritando todos, saliendo de sus chozas preguntando en su turbación qué puse del pueblo era presa de las llamas.

Pero la campana no tocaba a fuego sino a otro mal mucho más terrible y devastador.

Al fugarse la columna de humo, se la vio frente a la choza; pero no era el fuego, sino el agua, que subía, que se desbordaba y rompía los diques y las barreras; la inundación que se precipita desde el cielo a través de los montes y los valles, nivelando las colinas, minando las fuertes murallas, y arrastrando los árboles y las casas al empuje irresistible de sus olas devastadoras.

La mitad del pueblo se hallaba ya cubierto de agua cenagosa. Caballos, vacas

y certeros sobrenadaban, relinchaban, mugiendo y bulando, arrastrados con sus establos y pesebreros, por el torrente de agua, cuya presencia nadie había podido advertir.

El buen cura, que había pasado la noche a la cabecera de un enfermo, fué el primero en acudir al peligro. Gacetas a su entereza y sangre fría, se pudo calmar el pánico, se organizaron los auxilios, y a los pocos momentos una compañía de trabajadores maniobraba maravillosamente bajo las órdenes y dirección del párroco.

III.

De pronto un grito horrible salió al mismo tiempo de todas las bocas.

El torrente furioso, inclinado sobre un poco, acababa de precipitarse sobre una choza que se hallaba aislada.

En un momento el agua la había hasta el techo, y en lo más elevado, de este apareció una mujer medio desnuda, arrastrando a dos niños, uno de los cuales todavía era de pecho.

Y el agua continuaba subiendo, subiendo con la mayor rapidez.

El torrente, como irritado por la resistencia, arrastró los débiles muros de la choza construidos sobre arena.

Ya la base había desaparecido, y los barrotes y la argamasa se veían sobresaltados precipitándose en medio de las múltiples y encontradas corrientes de aquel barbaresco océano.

Nadie se atrevía a aventurarse en aquel golfo, en que cada remolino aguardaba un ser que devorara.

Sin embargo, Jacobo el herrero, conocido por su fuerza y su valor, había tentado por tres veces dirigirse a nado en auxilio de la pobre familia, pero tantas veces hubo que tirar de la cuerda que iba atado, para en caso de inercia.

Otros dos, el barbero Pedro y el guarda-monte Iván, también se arrojaron, pero sin conseguir abordar la choza.

Y el agua seguía subiendo.

Dos minutos más, y la madre y los niños serían tragados por el remolino.

IV.

En esto, oyese el golpe de un caballo: todos se vuelven: es el cura que aparece montado en la jaca torca que todos los domingos le prestaban en la granja, para ir a decir la segunda misa al anejo de la parroquia.

Rápi como el pensamiento, lanza al fogoso bruto a las andas. Rápidamente por todas partes lucha el buen párroco animando a la jaca. Las espumas le cubren. No pocas veces se le va desapareciendo de la vista la nueva corriente.

Por último, llega a la techumbre; pero cuatro personas se demoran a paso para una jaca en medio de las aguas que a poco la arrastrarían al fondo. Hará dos viajes. Una en sus brazos los dos niños que en su abnegación material la alarga; la pobre mujer, y vuelve bridas hacia la orilla.

Pero el peligro se aumenta porque las aguas van creciendo.

Por último, al cabo de unos momentos de terrible angustia, los deposita en la orilla.

Todos los espectadores quieren detenerse al ver la muerte segura que aguarda, pues el torrente brama ya de una manera ensañada.

En vano de un salto hace volar gritando todos, saliendo de sus chozas preguntando en su turbación qué puse del pueblo era presa de las llamas.

Pero la campana no tocaba a fuego sino a otro mal mucho más terrible y devastador.

Al fugarse la columna de humo, se la vio frente a la choza; pero no era el fuego, sino el agua, que subía, que se desbordaba y rompía los diques y las barreras; la inundación que se precipita desde el cielo a través de los montes y los valles, nivelando las colinas, minando las fuertes murallas, y arrastrando los árboles y las casas al empuje irresistible de sus olas devastadoras.

La mitad del pueblo se hallaba ya cubierto de agua cenagosa. Caballos, vacas

y certeros sobrenadaban, relinchaban, mugiendo y bulando, arrastrados con sus establos y pesebreros, por el torrente de agua, cuya presencia nadie había podido advertir.

El buen cura, que había pasado la noche a la cabecera de un enfermo, fué el primero en acudir al peligro. Gacetas a su entereza y sangre fría, se pudo calmar el pánico, se organizaron los auxilios, y a los pocos momentos una compañía de trabajadores maniobraba maravillosamente bajo las órdenes y dirección del párroco.

III.

De pronto un grito horrible salió al mismo tiempo de todas las bocas.

El torrente furioso, inclinado sobre un poco, acababa de precipitarse sobre una choza que se hallaba aislada.

En un momento el agua la había hasta el techo, y en lo más elevado, de este apareció una mujer medio desnuda, arrastrando a dos niños, uno de los cuales todavía era de pecho.

Y el agua continuaba subiendo, subiendo con la mayor rapidez.

El torrente, como irritado por la resistencia, arrastró los débiles muros de la choza construidos sobre arena.

Ya la base había desaparecido, y los barrotes y la argamasa se veían sobresaltados precipitándose en medio de las múltiples y encontradas corrientes de aquel barbaresco océano.

Nadie se atrevía a aventurarse en aquel golfo, en que cada remolino aguardaba un ser que devorara.

Sin embargo, Jacobo el herrero, conocido por su fuerza y su valor, había tentado por tres veces dirigirse a nado en auxilio de la pobre familia, pero tantas veces hubo que tirar de la cuerda que iba atado, para en caso de inercia.

Otros dos, el barbero Pedro y el guarda-monte Iván, también se arrojaron, pero sin conseguir abordar la choza.

Y el agua seguía subiendo.

Dos minutos más, y la madre y los niños serían tragados por el remolino.

IV.

En esto, oyese el golpe de un caballo: todos se vuelven: es el cura que aparece montado en la jaca torca que todos los domingos le prestaban en la granja, para ir a decir la segunda misa al anejo de la parroquia.

Rápi como el pensamiento, lanza al fogoso bruto a las andas. Rápidamente por todas partes lucha el buen párroco animando a la jaca. Las espumas le cubren. No pocas veces se le va desapareciendo de la vista la nueva corriente.

Por último, llega a la techumbre; pero cuatro personas se demoran a paso para una jaca en medio de las aguas que a poco la arrastrarían al fondo. Hará dos viajes. Una en sus brazos los dos niños que en su abnegación material la alarga; la pobre mujer, y vuelve bridas hacia la orilla.

Pero el peligro se aumenta porque las aguas van creciendo.

Por último, al cabo de unos momentos de terrible angustia, los deposita en la orilla.

Todos los espectadores quieren detenerse al ver la muerte segura que aguarda, pues el torrente brama ya de una manera ensañada.

En vano de un salto hace volar gritando todos, saliendo de sus chozas preguntando en su turbación qué puse del pueblo era presa de las llamas.

Pero la campana no tocaba a fuego sino a otro mal mucho más terrible y devastador.

Al fugarse la columna de humo, se la vio frente a la choza; pero no era el fuego, sino el agua, que subía, que se desbordaba y rompía los diques y las barreras; la inundación que se precipita desde el cielo a través de los montes y los valles, nivelando las colinas, minando las fuertes murallas, y arrastrando los árboles y las casas al empuje irresistible de sus olas devastadoras.

La mitad del pueblo se hallaba ya cubierto de agua cenagosa. Caballos, vacas

y certeros sobrenadaban, relinchaban, mugiendo y bulando, arrastrados con sus establos y pesebreros, por el torrente de agua, cuya presencia nadie había podido advertir.

El buen cura, que había pasado la noche a la cabecera de un enfermo, fué el primero en acudir al peligro. Gacetas a su entereza y sangre fría, se pudo calmar el pánico, se organizaron los auxilios, y a los pocos momentos una compañía de trabajadores maniobraba maravillosamente bajo las órdenes y dirección del párroco.

III.

De pronto un grito horrible salió al mismo tiempo de todas las bocas.

El torrente furioso, inclinado sobre un poco, acababa de precipitarse sobre una choza que se hallaba aislada.

En un momento el agua la había hasta el techo, y en lo más elevado, de este apareció una mujer medio desnuda, arrastrando a dos niños, uno de los cuales todavía era de pecho.

Y el agua continuaba subiendo, subiendo con la mayor rapidez.

El torrente, como irritado por la resistencia, arrastró los débiles muros de la choza construidos sobre arena.

Ya la base había desaparecido, y los barrotes y la argamasa se veían sobresaltados precipitándose en medio de las múltiples y encontradas corrientes de aquel barbaresco océano.

Nadie se atrevía a aventurarse en aquel golfo, en que cada remolino aguardaba un ser que devorara.

Sin embargo, Jacobo el herrero, conocido por su fuerza y su valor, había tentado por tres veces dirigirse a nado en auxilio de la pobre familia, pero tantas veces hubo que tirar de la cuerda que iba atado, para en caso de inercia.

Otros dos, el barbero Pedro y el guarda-monte Iván, también se arrojaron, pero sin conseguir abordar la choza.

Y el agua seguía subiendo.

Dos minutos más, y la madre y los niños serían tragados por el remolino.

IV.

En esto, oyese el golpe de un caballo: todos se vuelven: es el cura que aparece montado en la jaca torca que todos los domingos le prestaban en la granja, para ir a decir la segunda misa al anejo de la parroquia.

Rápi como el pensamiento, lanza al fogoso bruto a las andas. Rápidamente por todas partes lucha el buen párroco animando a la jaca. Las espumas le cubren. No pocas veces se le va desapareciendo de la vista la nueva corriente.

Por último, llega a la techumbre; pero cuatro personas se demoran a paso para una jaca en medio de las aguas que a poco la arrastrarían al fondo. Hará dos viajes. Una en sus brazos los dos niños que en su abnegación material la alarga; la pobre mujer, y vuelve bridas hacia la orilla.

Pero el peligro se aumenta porque las aguas van creciendo.

Por último, al cabo de unos momentos de terrible angustia, los deposita en la orilla.

Todos los espectadores quieren detenerse al ver la muerte segura que aguarda, pues el torrente brama ya de una manera ensañada.

En vano de un salto hace volar gritando todos, saliendo de sus chozas preguntando en su turbación qué puse del pueblo era presa de las llamas.

Pero la campana no tocaba a fuego sino a otro mal mucho más terrible y devastador.

Al fugarse la columna de humo, se la vio frente a la choza; pero no era el fuego, sino el agua, que subía, que se desbordaba y rompía los diques y las barreras; la inundación que se precipita desde el cielo a través de los montes y los valles, nivelando las colinas, minando las fuertes murallas, y arrastrando los árboles y las casas al empuje irresistible de sus olas devastadoras.

La mitad del pueblo se hallaba ya cubierto de agua cenagosa. Caballos, vacas

y certeros sobrenadaban, relinchaban, mugiendo y bulando, arrastrados con sus establos y pesebreros, por el torrente de agua, cuya presencia nadie había podido advertir.

El buen cura, que había pasado la noche a la cabecera de un enfermo, fué el primero en acudir al peligro. Gacetas a su entereza y sangre fría, se pudo calmar el pánico, se organizaron los auxilios, y a los pocos momentos una compañía de trabajadores maniobraba maravillosamente bajo las órdenes y dirección del párroco.

III.

De pronto un grito horrible salió al mismo tiempo de todas las bocas.

El torrente furioso, inclinado sobre un poco, acababa de precipitarse sobre una choza que se hallaba aislada.

En un momento el agua la había hasta el techo, y en lo más elevado, de este apareció una mujer medio desnuda, arrastrando a dos niños, uno de los cuales todavía era de pecho.

Y el agua continuaba subiendo, subiendo con la mayor rapidez.

El torrente, como irritado por la resistencia, arrastró los débiles muros de la choza construidos sobre arena.

Ya la base había desaparecido, y los barrotes y la argamasa se veían sobresaltados precipitándose en medio de las múltiples y encontradas corrientes de aquel barbaresco océano.

Nadie se atrevía a aventurarse en aquel golfo, en que cada remolino aguardaba un ser que devorara.

Sin embargo, Jacobo el herrero, conocido por su fuerza y su valor, había tentado por tres veces dirigirse a nado en auxilio de la pobre familia, pero tantas veces hubo que tirar de la cuerda que iba atado, para en caso de inercia.

Otros dos, el barbero Pedro y el guarda-monte Iván, también se arrojaron, pero sin conseguir abordar la choza.

Y el agua seguía subiendo.

Dos minutos más, y la madre y los niños serían tragados por el remolino.

IV.

En esto, oyese el golpe de un caballo: todos se vuelven: es el cura que aparece montado en la jaca torca que todos los domingos le prestaban en la granja, para ir a decir la segunda misa al anejo de la parroquia.

Rápi como el pensamiento, lanza al fogoso bruto a las andas. Rápidamente por todas partes lucha el buen párroco animando a la jaca. Las espumas le cubren. No pocas veces se le va desapareciendo de la vista la nueva corriente.

Por último, llega a la techumbre; pero cuatro personas se demoran a paso para una jaca en medio de las aguas que a poco la arrastrarían al fondo. Hará dos viajes. Una en sus brazos los dos niños que en su abnegación material la alarga; la pobre mujer, y vuelve bridas hacia la orilla.

Pero el peligro se aumenta porque las aguas van creciendo.

Por último, al cabo de unos momentos de terrible angustia, los deposita en la orilla.

Todos los espectadores quieren detenerse al ver la muerte segura que aguarda, pues el torrente brama ya de una manera ensañada.

En vano de un salto hace volar gritando todos, saliendo de sus chozas preguntando en su turbación qué puse del pueblo era presa de las llamas.

Pero la campana no tocaba a fuego sino a otro mal mucho más terrible y devastador.

Al fugarse la columna de humo, se la vio frente a la choza; pero no era el fuego, sino el agua, que subía, que se desbordaba y rompía los diques y las barreras; la inundación que se precipita desde el cielo a través de los montes y los valles, nivelando las colinas, minando las fuertes murallas, y arrastrando los árboles y las casas al empuje irresistible de sus olas devastadoras.

BANCO ORIENTAL

CAPITAL \$500,000

En mil acciones de quinientos pesos (con derecho a aumentarse.)

Oficina principal, calle de Misiones número 99.

DIRECTORIO

Presidente.....	Sr. D. Ignacio Guillot.
Vice-Presidente.....	« Fabio J. Maynez.
Secretario.....	« Federico Paulier.
Vocales.....	« Francisco Vidella.
	« J. A. Arraguytia.
	« Antonio Gomez.

PRIMER GERENTE, DON MANUEL A. SILVA.

2.º GERENTE CONTADOR, TESORERO,

D. EDUARDO FITON

Teniendo este nuevo establecimiento inscrito el capital entre el comercio de Montevideo, desde el 18 del corriente mes de noviembre, se hallarán sus Gerentes en aptitud de iniciar y entrar en toda clase de operaciones bancarias, y con especialidad

EN CUENTAS CORRIENTES.

Se recibe dinero a premio en cuenta corriente; los intereses serán fijados, mensualmente, y capitalizados por trimestres; además hará adelantos sobre valores mercantiles a satisfacción del Gerente.

EN DESCUENTOS

Se descontarán letras, vales, conformes, otros vales mercantiles al precio corriente.

EN DEPÓSITO POR TIEMPO FIJO

Desde \$100 para arriba recibirá dinero a plazos, tres, seis y doce meses a condiciones convenientes, por las cuales se darán incrementando el interés; que será siempre algo que en cuenta corriente.

EMITH
Billetes de diez, veinte y cincuenta pesos, emitidos por el Sr. D. Eduardo Fiton, Gerente, con sello del directorio.

De a cinco pesos indistintamente

M. A. Silva, D. E. Fiton y D. J. M. y

« un peso id id id id id.
« 10 cts. a D. Pedro Jimenez y
« 20 cts. a D. Carlos Muñoz.

El banco estará abierto en todos los hábiles desde las 10 de la mañana hasta las 4 de la tarde, con excepción de los días feriados, en los cuales estará abierto hasta las 4.

Los intereses hasta nueva disposición serán:

En cuenta corriente a favor del Banco 13 1/2 p. 100 anual.

Id contra id 8 p. 100 id.

Depósito por término fijo (tres meses) 9 p. 100.

Descuentos, convencional.

HERPETOINE

IDUREL

Este licor depurativo no contiene mercurio, yolo ni arsénico; molifica en su uso grado la sangre y cura radicalmente todas las afecciones de la piel, tales como: lepra, morfea, barba, etc.

Las enfermedades de la piel se curan por la Herpetina Durel.

Depósito general en PARIS, boulevard Denain, 7. — En MONTEVIDEO: V. Garatcochea; W. Cranwell y Cia.

INJECTION CADET

Este remedio, por sus propiedades balsámicas y tónicas, cura prontamente, radicalmente, y sin accidentes, los derrames agudos y crónicos en ambos sexos. Lo comprueba el testimonio de las celebridades médicas las mas reputadas.

Las enfermedades de la piel se curan por la Herpetina Durel.

Depósito, en PARIS, boulevard Denain, 7; y en MONTEVIDEO, V. Garatcochea; W. Cranwell y Cia.

Banco Maná y Cia.

BALANCE DEL MES DE DICIEMBRE 1897

DÉBITO	
Capital realizado.....	2.000.000
Reserva.....	500.000
Depósitos y cuentas corrientes	10.177.429 30
Emisión en circulación, incluyendo la de las agencias..	2.288.508 14
	14.925.937 44
CRÉDITO	
Valores a cobrar.....	2.100.181 94
Cuentas corrientes.....	11.788.130 60
Eaja: existencia en efectivo en esta.....	1.037.621 90
	\$ 14.925.937 44

S. E. n. O.

Montevideo, enero 4 de 1897

P. Maná y Cia,
F. Benito.
M. A. Cunha.

UNO Y BARATO

Fotografía

17—CALLE DEL CERRO—17

En este establecimiento se sigue re-tratando a 10 reales la docena y no se omite trabajo alguno, si no que se pone mayor cuidado para que las tarjetas sean de la completa satisfacción de las personas que se retratan.

No entregándose si no son buenas. Prueba de ello es la gran concurrencia con que el público le favorece.

il. 27—1 mes.

LA GERENCIA

Del Fomento Montevideano

Y la casa de rentas y comisiones de Santoro y Ricardo, se ha mudado a la calle de los 33 núm. 45.

c. 10-15 p.

HOTEL WASHINGTON

Calle de Washington esquina 1.º de Mayo

Pensiones

Medias pensiones

Comidas

Almuerzos

Banquetes

Para bodas, bautizos y toda clase de fiestas

ENCARGUES ESPECIALES

Excelente trato, esmerado servicio, cuartos ricamente amueblados, todo en encuen a satisfacción de las personas de gusto, garantido por la fama de uno de los mas biles cocineros de esta ciudad. El dueño, antiguo propietario del restaurant "La villa Napoli", recibe tambien encomiendas de Raviole y de Tagliarini para las personas fia Todo a precios muy módicos, segun la siguiente tarifa:

Pension entera..... \$ 20 por mes.	SALA PARTICULAR.
Id. media..... \$ 14 id.	Pension entera..... \$ 25 por mes.
Comida..... \$ 0.60	Id. media..... \$ 18 id.
Almuerzo..... \$ 0.50	Comida..... \$ 0.80
	Almuerzo..... \$ 0.60

El comedor estará abierto al público hasta la una de la noche.

COLLINS Y CA.,
Hartford, Connecticut,
Estados Unidos de América.



Fabricantes de las famosas Maquinas de Vapor, Arados, etc. de los Estados Unidos de América. Todos los artículos que se piden se hacen en esta fábrica. Si se quieren los artículos de la marca "Hartford" se piden en la fábrica de Hartford, Connecticut, Estados Unidos de América.

COLLINS Y CA., 211 Water Street, New York.

Cualquiera que las imitaciones con marcas falsificadas, con los artículos de la marca H. Collins.

CONSERVAD El Cabello.

USAD EL TÓNICO ORIENTAL



Es un preventivo seguro para la Calvicie.

Comunica salud y fortaleza a la piel del cráneo.

Pronto hace que el pelo cese de caer.

Le da un rico brillo al Cabello.

Conserva el cabello en la forma que se desee, suave y hermoso.

Hace crecer y espesar el Cabello.

Conserva la cabeza limpia y libre de Caspa.

Impide que el cabello se ponga cano.

Conserva la cabeza fresca y confortable.

No es graso ni pegajoso.

No deja olor desagradable.

Es el mejor artículo para peinar a los niños.

Es el mejor artículo para el peinado y la conservación del cabello de las señoras.

Es el único artículo a propósito para peinar el cabello y la barba de los jóvenes elegantes.

No hay Tocador de una Señora que se considere completo sin el TÓNICO ORIENTAL.

Para Hermosear, Conservar, Limpiar y Fortalecer el CABELLO.

Unicos Proprietarios,
LANMAN Y KEMP,
Drogulistas por Mayor, Nueva York

COSTURERAS

Se precian en la calle del 25 de Mayo núm. 44 (altos):

ANSOMES Y SIMS.

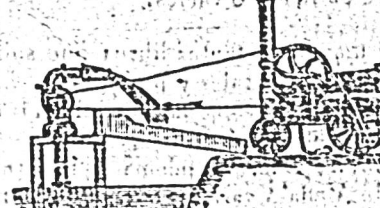
ORWELL WORKS, IPSWICH,
9, GRACECHURCH STREET, LONDRES.



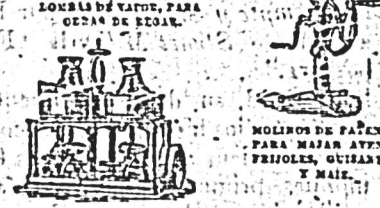
MAQUINAS DE VAPOR PORTATILES



TRILLADERAS DE VAPOR CON APARATOS PARA DEPENDERAN Y MACHACAR LA PAJA.



LOMAS DE VAPOR, PARA CERRAR DE FIERRO.



MOLINOS DE PATENTE PARA MAJAR AVEANA, FRIJOL, GUINAMBA Y MAIZ.



MOLINOS DE HARINA.

ARADOS PARA CABALLOS, DOS MULAS, O BUEYES.

INGENIEROS Y FABRICANTES DE:

Arados de Vapor y arados para caballos adaptados especialmente para América meridional.

Maquinas de Vapor portatiles y maquinas de vapor con movimiento espontaneo.

Trilladeras de Vapor de patente, con aparato para machacar la paja.

Maquinas para trillar por medio de Noria.

Molinos de harina.

Molinos para majar avena, frijoles y maiz.

Maquinaria para preparar comida para alimento del ganado.

Las trilladeras de patente de los Señores Tansomes y Sims, armadas con aparato para dependar la paja, son empleadas extensamente en España, México, Egipto y Turquía, y adaptadas, sobre todo, para los países donde el ganado se apacenta con la paja. Trátemenlos, cuando preguntados.

LAS ORDENES SE PUEDEN TRANSMITIR POR MEDIO DE CUALQUIERA CASA DE COMERCIO O AGENTE, TENIENDO CORRESPONSAL EN INGLATERRA.

Los catálogos son despachados cuando querido, gratuitamente.